

Sobre el primer Franquismo y la extensión de su apoyo popular

ANTONIO CAZORLA

Los regímenes fascistas y muchos de los autoritarios que se establecieron en la Europa de entreguerras llegaron al poder, al menos en parte, gracias a su capacidad para asegurarse un amplio apoyo popular. En algún caso, su base social y electoral fue más amplia que la conseguida por los partidos de izquierda, notablemente los socialistas, que acabarían destruyendo¹. Como reciente y brillantemente ha expuesto Mark Marzower, el radicalismo de este tipo de proyectos tuvo un indudable atractivo en estos años de crisis profundas que fueron tanto de tipo socioeconómicas como de dominación política². Es difícil argumentar como explicación para este éxito que la ignorancia de las consecuencias de estos proyectos políticos o la inmadurez electoral jugaron un papel decisivo. La realidad es algo más desagradable. En 1935, por ejemplo, la población del Sarre alemán libremente votó en masa para reunirse con la patria alemana incluso después de que ésta hubiese estado gobernada ya durante casi dos años por la tiranía nazi. Más aún, entre los partidarios del sí estuvieron dos tercios de los tradicionales votantes de partidos de izquierdas³. Como Ian Kershaw y colaboradores han mostrado en su «Proyecto Baviera» para el caso alemán y, posteriormente, entre otros, hiciera Simona Colarizi para la Italia fascista, una vez estabilizados, el respaldo popular a estos regímenes sólo comenzó a verse seriamente afectado cuando ambos llevaron a sus naciones a la guerra y, más precisamente, cuando comenzaron a perderla y sufrir los primeros serios efectos de lo que resultaría una completa derrota militar⁴. Una realidad inquietante sin duda, pero que, como se discutirá más tarde, sirvió para que, en el proceso de construcción de la memoria sobre el pasado en estas dos sociedades en la pos-

¹ Geof Eley, «What Creates Fascism: Preindustrial Traditions of a Crisis of a Capitalist State?», en *Politics and Society*, 12, 1983.

² Mark Marzower, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, Nueva York, Knopf, 1998.

³ Ian Kershaw, *Hitler 1889-1935: Hubris*, Londres, Penguin, 1998, págs. 546-547.

⁴ Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich. Bavaria 1933-1945*, Oxford, Clarendon, 1985; Simona Colarizi, *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943*, Bari, Laterza, 1991.

guerra, fascismo y destrucción fuesen equiparados (aunque de forma muy problemática y disimilar en ambos países) en una ecuación tan útil para crear un amplio consenso basado en valores democráticos como para pretender exorcizar al fascismo como un elemento extraño a la identidad nacional.

Mirando atrás, en la imagen colectiva (¿globalizada?) de los dictadores del siglo xx, la trinidad compuesta por Hitler, Mussolini y Franco aparece indisolublemente unida. No hay misterio aquí y sí buenas razones. La material es que el resultado de la Guerra Civil española —que sigue siendo uno de los eventos más conmemorados de la Historia— no hubiese sido el mismo sin esta asociación. La simbólica estriba en que después de la Segunda Guerra Mundial, el Nuevo Estado y su Caudillo se convirtieron en un permanente recordatorio del pasado reciente de Europa del que se ha renegado, precisamente, como una aberración ajena a la «naturaleza» del continente. En consecuencia, los mitos y los símbolos acuñados durante —o, más precisamente, en torno a— la guerra de España no sólo se han mantenido sino, fieles a la naturaleza de lo simbólico, se han venido reelaborando en función de las distintas expectativas y frustraciones en un continente que había pasado a considerar a la democracia como parte inherente de su identidad. La mayoría de la opinión pública y, por convicción o interés, de los líderes políticos europeos, ha señalado a la dictadura franquista como un anacronismo; un régimen monstruoso cuya permanencia en el poder sólo podía ser explicada por la permanente amenaza de represión interna y, según el comentarista, el cínico apoyo norteamericano. Se trata de otra versión del mito antifascista que no sólo libraba a Alemania de responsabilidad de la *Soha*, o convertía en paréntesis a la Italia de Mussolini, sino que permitía a Francia renegar de la autenticidad de Vichy, a Austria convertirse en víctima de Hitler, y a los demás países ocupados separar en la memoria histórica el colaboracionismo de la auténtica trayectoria nacional⁵. Éste, en el mejor de los casos, es el substrato de la opinión antifascista o progresista. En la derecha, no hubo necesidad de sacar a España de la tradición romántica orientalizante, sólo afirmar su singularidad ultracatólica para recuperar moralmente al Nuevo Estado en la cruzada anticomunista de posguerra.

Los mitos de la Europa antifascista merecerían una discusión bastante más larga que la de un artículo, y desde luego no es tal

⁵ Una crítica, centrada sobre todo en Alemania, el uso de Historia al servicio de las nuevas legitimidades políticas en Charles S. Maier, *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard, University Press, 1988.

el propósito de éste. Más modestamente, lo que aquí intento es mostrar las causas de lo que considero son deficiencias de la historiografía española en el estudio de los límites del apoyo popular al franquismo. Pero las deficiencias suelen serlo, además de por expectativa, por comparación y creo que no hay mejor manera de ilustrar mi argumento que hacer ésta entre cómo se ha venido desmontando el mito antifascista en Italia y cómo no se termina de hacer en España. Hay una doble razón para elegir Italia. La primera parte de ella es que resulta innegable la inspiración doctrinal e institucional que del Nuovo Stato obtuvo el Estado Nuevo. La segunda es que en la hegemonía del mito antifascista, como en España, ha tenido mucho de compensación intelectual frente a la larga exclusión del poder político de la izquierda. Obviamente las diferencias también son aquí significativas. Ni el Partito Nazionale Fascista tuvo el origen de impuesto por el dictador como es el caso de FET-JONS, siendo aquél un partido de masas y éste no, ni se puede comparar seriamente la situación de la izquierda en la democracia italiana desde 1947, cuando el partido comunista fue expulsado del gobierno, con la de la izquierda española bajo la feroz dictadura franquista.⁶ En España, el antifascismo, además de una postura intelectual, era hasta finales de los años 70, y aún después, un compromiso, una realidad diaria de lucha contra un enemigo poderoso. La permanencia de la lectura antifascista del pasado, más duradera en España que en Italia, no puede desasociarse de este hecho.

En Italia, la paulatina alteración a finales de los años 80 y, sobre todo, primeros 90, de la distribución de poder de posguerra en un proceso paralelo a la disolución y refundación de los partidos políticos, coincidió en buena medida con una revisión de los mitos políticos fundacionales de la República. Uno de ellos, quizás el más importante, era el que consideraba al fascismo como un yugo impuesto y mantenido por la fuerza a los italianos, del que no podrían liberarse, en contra de sus auténticos deseos, hasta la eclosión de 1943-1944⁷. Este mito, al menos desde la perspectiva historiográfica, comenzó a entrar seriamente en crisis cuando Renzo De Felice publicó el cuarto volumen de su inmensa biografía de Mussolini en 1974. Uno de los argumentos centrales de *Il Duce: Gli anni del consenso, 1929-1936*⁸, es que durante estos años el

⁶ Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy*, Londres, Penguin, 1990, págs. 72-120.

⁷ Niccolò Zapponi, «Fascism in Italian Historiography, 1986-1993: A Fading National Identity», en *Journal of Contemporary History*, 29, 1994.

⁸ Renzo De Felice, *Mussolini il Duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, Einaudi, 1974.

régimen fascista e, incluso en mayor medida el propio Mussolini contaron con un amplio apoyo o consenso entre la población italiana, agradecida por la paz social alcanzada y su manejo de la crisis económica mundial. La caída del este apoyo popular se produjo sólo después de la adopción de una política exterior belicosa y más precisamente después de que el régimen llevase al país a la guerra en 1940 y a los estragos posteriores que ésta supuso. Las críticas a De Felice fueron inmediatas y a menudo acerbas. Dejando aparte las conectadas con la supuesta agenda política de este autor, las más serias se centraron en su metodología, uso selectivo de fuentes y, por último, en la no distinción entre consenso político y social (a diferencia del inglés, donde existen dos palabras distintas, *consent* y *consensus* respectivamente, en italiano y en castellano ambos conceptos se definen con el mismo término).

Con independencia de la opinión global que se pueda tener del trabajo de De Felice e incluso de las suspicacias que genere su ideología, es mérito indisputable suyo el que, al plantear el debate sobre la existencia del consenso bajo el fascismo, ayudara a romper con los mitos y tabúes «anti-fascistas» de la historiografía de su país. Pero sus logros no son ni mucho menos exclusivos. También en 1974 apareció en Italia otro trabajo clave, aunque de muy distinto signo, que marcó un giro decisivo en la renovación de los estudios sobre las dictaduras. Me estoy refiriendo a la introducción (traducción) de los trabajos de historia cultural y política de George L. Mosse⁹. Mosse, judío alemán exiliado y obviamente persona libre de toda sospecha de connivencia ideológica con las dictaduras fascistas, mostraba magistralmente que era posible explicar, más allá de la represión, las raíces socioculturales de estas dictaduras y su atractivo político. El ejemplo cundió pronto y quizás no haya mejor prueba que los trabajos de Emilio Gentile sobre el impacto de los mitos políticos contruidos por y durante el fascismo en torno a la figura de Mussolini y la imagen del *Nuovo Stato*¹⁰. Desde una metodología bien distinta, en este caso historia oral, autores como Luisa Passerini exploraron las tradiciones culturales y la construcción informal de mitos entre la clase obrera de Turin¹¹. Al mencionar estos últimos autores, en medio de una pléyade amplísima, quiero llamar la atención sobre la variedad y riqueza de la historiografía italiana a

⁹ George L. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimento di massa in Germania (1812-1913)*, Il Mulino, Bologna, 1974.

¹⁰ Por ejemplo, Emilio Gentile, *Il mito dello Stato Nuovo dall'antigiolittismo al fascismo*, Laterza, Bari, 1982; *Il culto del Ikkitorio*, Laterza, Bari, 1993.

¹¹ Luisa Passerini, *Torino operaia e fascismo. Una storia orale*, Laterza, Bari, 1984.

la hora de confrontar el pasado fascista, que me temo no tiene todavía equivalente en España¹².

También quiero señalar que la mayoría de los trabajos antes citados coinciden, asumiendo así la tesis central de De Felice, que la caída del régimen estuvo conectada a la de su popularidad (concepto este, el de popularidad, que se presta a una discusión que por ahora no emprendo) una vez que Italia entró en guerra en junio de 1940 y, particularmente, cuando comenzaron a sucederse las derrotas militares y aumentó el sufrimiento de la población, hasta el clímax de la invasión aliada de Sicilia en el verano de 1943. Como ocurriría con el nazismo apenas dos años después, el final del fascismo fue causado por la violencia que él mismo desató. Las políticas de los años previos, incluyendo por supuesto aquellas que tan favorable acogida tuvieron entre los italianos, fueron sepultadas por los escombros y los cadáveres, desacreditando así la memoria de la dictadura y de la ideología que la sustentaba. Una buena oportunidad, pronto aprovechada, para construir un discurso democrático sobre el pasado repleto de olvidos piadosos.

En España, la violencia y la guerra aparecieron no al final de la dictadura sino que fueron sus comadronas. Cualquier exploración sobre la relación entre la sociedad y el Nuevo Estado no podrá por tanto ignorar que la experiencia y la memoria (o la amnesia) de la violencia política tienen que ser reconstruidas en sentido opuesto al de Italia, Alemania, Austria o Francia, y que la desolación generada por esta violencia se convirtió en el inevitable punto de comienzo para imaginar un futuro que, además, iba a ser vivido bajo una feroz dictadura. Aquí también la trayectoria es opuesta a la de la mayoría de los vecinos europeos, pues en ellos futuro y libertad coincidían. Más aún, mientras que en España la guerra civil pasó a ser un componente imprescindible de la memoria histórica y de la realidad política cotidiana, en la Europa «liberada» las guerras civiles, encuadradas en o encubiertas por la mundial, fueron ignoradas o por lo menos reducidas a producto de agentes externos o impuros del cuerpo nacional al que las purgas habrían sanado¹³. Por ponerlo en una frase: mientras que en la Europa libre la violencia política fue exorcizada, en España se convirtió en un maleficio nacional en el punto más bajo de una larga decadencia. Si hubo un país que, por un momento, pareció compartir esta senda fue la Francia de Vichy. Como han mostrado los trabajos de Pierre Laborie y Philippe Burrin, el de-

¹² Un buen ensayo, ya algo antiguo y por ello quizás más revelador de mi argumento, sobre la historiografía italiana en torno al fascismo en Enzo Collotti, *Fascismo, fascismi*, Sansoni, Firenze, 1989.

¹³ Marzower, págs. 229-234.

sastre de 1940 puso al país frente a un futuro bajo un régimen dictatorial fruto de la división interna, la derrota y la ocupación, que se tradujo en un apoyo masivo al mariscal Petáin¹⁴. Por supuesto, una vez que la democracia fue restaurada en Francia, en ningún otro país europeo (con la excepción de la «víctima» Austria) se hizo más por olvidar y alienar la experiencia, y quizás la relativa combatividad de la Cuarta República francesa hacia el franquismo no sea ajena del todo a la mala conciencia nacional.

Tradicionalmente, se ha delimitado la posible existencia de, utilizando el término de De Felice, «consenso» bajo el fascismo por dos grupos de factores que podemos resumir, por un lado, en socioeconómicos y, por otro, simbólico-políticos. En cuanto a los primeros, y para el caso alemán, Ian Kershaw y David Welch, entre otros, han mostrado cómo bajo el Tercer Reich la rápida mejora de la economía, la disminución drástica del desempleo e incluso la mejoras salariales para determinados grupos de obreros (como los de las empresas de armamentos), ayudaron a expandir la base electoral de 1933 del régimen y a crear el mito de una «comunidad nacional» que habría superado los enfrentamientos de clase¹⁵. Si bien sus logros económicos quedaron muy por detrás, los líderes de la Italia fascista tuvieron un éxito relativo en inculcar la noción de que los efectos de la crisis de 1929 habían sido mucho menores en el país que en las «plutocracias» anglosajonas, gracias a la adopción del corporativismo y de la autarquía. El segundo grupo de explicaciones sobre la extensión del consenso está conectado a la capacidad de aquéllos regímenes para adquirir prestigio a través de la movilización política de las masas y la creación de o el fomento de mitos políticos nacionalistas. Me refiero con esto a la introducción de la estética como elemento central de la política —como percibiera en su momento una víctima próxima del fascismo, Walter Benjamin— estudiada por autores como George L. Mosse, Emilio Gentile o, más recientemente, Peter Fritsche¹⁶.

Es evidente que la aplicación de ambos factores a la España franquista es, por lo menos, muy problemática, y que el apego a estos esquemas sin duda ha influido en la bastante desigual progresión de los estudios sobre el consenso en nuestra historiografía.

¹⁴ Pierre Laborie, *L'opinion française sous Vichy*, Paris, Seuil, 1990; Philippe Burrin, *La France à l'heure Allemande*, Paris, Seuil, 1995.

¹⁵ David Welch, *The Third Reich. Politics and Propaganda*, Londres, Routledge, 1993, págs. 59 y 87; Kershaw, *Popular Opinion*, pág. 281.

¹⁶ Walter Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», en *Illuminations*, Londres, Fontana, 1992, págs. 211-235; Peter Fritsche, *Germans into Nazis*, Harvard, University Press, 1998.

fía de la que se hablará un poco más adelante. En primer lugar, y a diferencia de los logros económicos de la Alemania nazi y los mucho más modestos de la Italia fascista, porque la España franquista, que compartía con aquellos regímenes sus prejuicios contra las doctrinas liberales ortodoxas, desarrolló durante los años 40 una política económica que se puede calificar sin paliativos como la más negativa en la historia moderna del país. Los indicadores e índices de producción prebélicos no se recuperaron hasta 1952-1954, esto es unos quince años después de acabada la guerra, y el poder adquisitivo de los salarios se contrajo en la década de los 40 hasta menos del 50 por 100 respecto a 1936¹⁷. En consecuencia, se ha estimado que entre 1939 y 1945 hasta 200.000 españoles pudieron morir de hambre o por enfermedades asociadas a la miseria material¹⁸. Por comparación, la mayoría de los países europeos recuperaron los niveles económicos de 1939 entre los dos y los cuatro años después de acabada la Segunda Guerra Mundial¹⁹. En segundo lugar, en cuanto a la movilización política de las masas y la búsqueda de prestigio por parte del Nuevo Estado, las limitaciones del proyecto franquista respecto al fascista, y no digamos nada al nazi, son patentes ya desde el momento en que se analiza el origen de las dictaduras. De entrada, la supuesta llegada al poder del partido único en España no fue producto de un movimiento de masas que conquistó el Estado sino todo lo contrario, es decir impulsado, controlado y limitado por el naciente aparato del Nuevo Estado y, más concretamente, por la fuerza clave en éste: el ejército. También es indudable que en España, a diferencia de la situación de Alemania e Italia después de la primera guerra mundial, no había afrentas exteriores que resolver por lo que difícilmente se puede argumentar que el sentimiento nacionalista pudo jugar un papel de cohesión política tan intenso y tan extenso como ocurrió en aquéllos países, máxime cuando el nacionalismo español tenía su apoyo social limitado por la concurrencia de nacionalismos periféricos. Gibraltar, por muchas razones no pudo ser el Sarre del franquismo, ni las humillaciones en Tánger su, digamos, Abisinia. Por último, y no menos importante, la desorganización práctica de las organizaciones emanadas del nacional-sindicalismo (partido, sindicatos, grupos juveniles, etc.) y la imbricación

¹⁷ Carme Molinero y Pére Isás, *Patria, Justicia y Pan. Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1951*, Barcelona, La Magrana, 1983.

¹⁸ Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de represión en la España de Franco, 1939-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, pág. 7.

¹⁹ Véase Alan Milward, *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1951*, Londres, Routledge, 1984. Compárense estos datos con los de Jordi Catalán, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Barcelona, Ariel, 1995.

en las mismas de las fuerzas, grupos y redes de poder más tradicionales, herederas de la cultura política caciquil (la «vieja política») de la etapa liberal, desacreditó moralmente y debilitó en la práctica los esfuerzos del Nuevo Estado de presentarse como la plasmación final (la «nueva política») del regeneracionismo español²⁰.

Dado que en la España de los años posteriores al final de la guerra civil no se dieron ni logros socioeconómicos (más bien lo contrario) ni una genuina y amplia movilización de las masas detrás de un proyecto nacionalista integrador, habría que preguntarse cuáles fueron los vínculos que pudieran ligar a la mayoría de la sociedad con el nuevo régimen. Como es bien sabido, las explicaciones tradicionales se han dividido en dos campos o tradiciones: la profranquista autoritaria y la antifranquista, en su mayoría democrática. Para la primera, sobre la que no me extenderé, el Nuevo Estado simplemente conectaba con la esencia nacional a la que volvía a dar vida después de la perturbadora intervención, salvada por la sangre derramada por los buenos españoles en una titánica guerra, de agentes externos o internos pervertidos. Este es el argumento subyacente en autores desde Joaquín Arrarás en los años 40 a Gonzalo Redondo hoy en día, pasando por Ricardo de la Cierva o Federico Suárez. La tendencia opuesta es la más amplia y desde luego la que ha aportado, desde Manuel Tuñón de Lara a Paul Preston, pasando por Josep Fontana, mayor rigurosidad histórica. No obstante, creo que en ella, por motivos biográficos de los propios autores o por influencia de su ideología en el modo de analizar los fenómenos, ha pesado demasiado la idea de que el franquismo fue una imposición por la fuerza de un sector amplio pero no mayoritario sobre el conjunto de la sociedad española en 1939 y que nunca gozó de capacidad para expandir este apoyo. En este sentido, la similitud con la situación de la historiografía italiana hasta los años 70 es patente, pero, como ya se ha dicho, las circunstancias históricas claramente no lo son. Lo sorprendente entonces no debe ser la fuerza del mito antifascista en España en los años 70 y aún en los 80, sino su persistencia un cuarto de siglo después.

De entrada hay que señalar que la persistencia del mito antifranquista no es exclusivo de la historiografía española sino que sigue siendo predominante en algunos sectores del hispanismo, especialmente en el británico. Dos ejemplos. En su por muchas razones admirable y desde luego monumental biografía de Franco,

²⁰ Antonio Cazorla Sánchez, «Dictatorship from Below: Local Politics in the Making of the Francoist New State, 1937-1948», en *The Journal of Modern History*, 7, 1999.

Paul Preston no hace ningún intento en sus casi ochocientas páginas, salvo en cuatro o cinco frases, de explorar la visión que del dictador tenían los españoles, y mucho menos intenta abordar las razones de su posible popularidad. Esto contrasta con la no menos monumental biografía de Hitler de Ian Kershaw²¹. Más recientemente, el bien documentado libro de Michael Richards sobre la cultura de la represión en España bajo el primer franquismo pretendía demostrar la existencia de aquélla, codificada y uniformada, como una imposición desde arriba al conjunto de la sociedad que se convertiría en el eje de la relación de ésta con el Nuevo Estado²².

Influenciada por el debate generado en Italia que hemos mencionado antes, la historiografía española abordó el problema del consenso a partir de finales de los años 80, sobre todo en Cataluña. Hay que destacar en este sentido un trabajo colectivo publicado por Francesco Barbagallo y las obras conjuntas de Carme Molinero y Pere Ysàs²³. Sin embargo, uno de los problemas más serios que comparten estos trabajos es el uso mismo del término consenso. El otro es su insistencia metodológica en polarizar excesivamente la dicotomía resistencia/consenso descuidando las actitudes políticas intermedias²⁴. De ambos hablaré seguidamente pero quiero dejar antes constancia de un par de autores que recientemente creo que han conseguido salir en sus análisis del círculo cerrado de actitudes políticas implícito en los trabajos citados. Me estoy refiriendo, en primer lugar, a Javier Ugarte Tellería, cuyo estudio sobre los orígenes de la rebelión franquista en el País Vasco y Navarra ha puesto de manifiesto, superando el determinismo de clase de tantos trabajos sobre la guerra civil y el franquismo, el complejo sistema de lealtades e identidades detrás del apoyo masivo del campesinado carlista²⁵. En segundo lugar, desde Valencia Ismael Saz y colaboradores, siguiendo en mucho las técnicas de Luisa Passerini, han tratado de explorar la memoria de la dictadura y, dentro de ésta, las actitudes políticas inter-

²¹ Paul Preston, *Franco: A Biography*, Londres, HaperCollins, 1993. Kershaw, *Hitler*.

²² Michael Richards, *Un tiempo de silencio*, Barcelona, Crítica, 1999.

²³ Francesco Barbagallo (ed.), *Sobre resistencia i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica, 1990. Y, por ejemplo, Carme Molinero y Pere Ysàs, *El règim franquista: feixisme, modernització i consens*, Girona, Universitat, 1992.

²⁴ En este sentido, véase Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, Bastford, 1987; y David C. Large, *Contending with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

²⁵ Javier Ugarte Tellería, *La Nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

medias, grises o ambiguas, de los trabajadores hacia el régimen franquista²⁶.

Había señalado que el término consenso es problemático. De hecho ha sido utilizado acríticamente por la práctica totalidad de la historiografía española pese a las limitaciones metodológicas que este instrumento, transplantado de la Sociología, representa para el análisis histórico²⁷. La tendencia usual ha sido intentar delimitar su existencia o no, o sus dimensiones bajo las dictaduras, lo que además de presentarse como una labor formidable implica asumir, en mi opinión erróneamente, que pueda hablarse de consenso en sociedades donde no hay elección posible. Y no perder de vista este hecho sería una buena estrategia para los que, al acercarse al fenómeno del apoyo popular al franquismo, tienen la necesidad de hacer interferir sus juicios morales —por otra parte y en otro contexto perfectamente válidos— con el análisis del pasado. Esto nos lleva directamente al tercer problema en la mayor parte de la historiografía española sobre el tema: la insistencia en abordar la doble dualidad resistencia/consenso y represión/legitimidad a partir de un esquema implícito en que las lealtades políticas de los españoles se hubiesen congelado para largo en julio de 1936. A menudo, el puente entre ambas cuestiones, felizmente salvado para el mito antifranquista, ha sido la transposición de los análisis elaborados para las dictaduras nazi e italiana sobre las condiciones socioeconómicas de la población. En este sentido, es indudable que aquellos factores que pudieron contribuir positivamente al asentamiento del apoyo popular a ambas dictaduras no se dieron en España o, más aún, tuvieron carácter negativo. Bajo este planteamiento, las lealtades políticas en el franquismo quedarían delimitadas por el acceso a sinecuras o privilegios y, como mucho, por actitudes de alienación ideológica. En consecuencia, según este planteamiento, el muro de contención de las identidades políticas enfrentadas no podía ser otro que el de la represión que se convierte en la clave explicativa tanto de la estabilidad de la dictadura como de la práctica inexistencia de oposición organizada.

Mucho me temo que el esquema visto es tan reconfortante para el intelectual antifascista (por ambas razones) como incompleto ya que la visión de la gente de la política queda sublimada y, me parece, no toma en demasiada consideración la posibilidad de

²⁶ Ismael Saz y cols., *El franquismo en Valencia*, Valencia, Episteme, 1999.

²⁷ Una crítica de las limitaciones del uso del concepto de consenso en Philip Morgan, «The years of consent? Popular attitudes and resistance to Fascism in Italy, 1925-1940», en Tim Kirk y Anthony McElligott, *Opposing Fascism*, Cambridge, University Press, 1999.

que, en el contexto de violencia de finales de los años 30 y principios de los 40, los valores políticos que se suponen crecieron y se transformaron durante la Segunda República y la guerra no volviesen a hacerlo bajo el franquismo, pero ahora en un sentido opuesto al progreso de la «concienciación» o del mensaje solidario y comunitario. En definitiva, que la política fuese a partir de 1939 un valor en franca regresión como opción válida, o incluso deseable, de futuro; y que la relación y la percepción mutua de la dictadura con la sociedad evolucionase más rápidamente de lo que se suele aceptar. Esto difícilmente podrá hacerse evidente si se buscan las claves de este cambio —como se ha hecho para la Alemania Nazi de los años 30— en las condiciones materiales de los españoles en los años 40, cuando la economía más que avanzar parece cada vez más abocada al hundimiento. Por ello, creo que sólo si se repasan otros factores de tipo sociológico, y en particular los relacionados con la elaboración de una memoria y una consciencia de la realidad a partir de los efectos de la violencia política tanto de los años anteriores como del entonces presente, podremos obtener los instrumentos metodológicos que nos ayuden a reconstruir el cambio en los valores políticos de los españoles durante el primer franquismo. Si creo harto difícil saber, como afirman las teorías sobre el consenso, qué *pensaban* aquéllos de la política, sí me parece en cambio posible hacer hipótesis a partir de la cuestión de qué les *ofrecía*.

Política y violencia iban indisolublemente unidas en la experiencia histórica reciente de los españoles. Ambos bandos cometieron atrocidades durante la guerra civil, en la que unos ciento cincuenta mil civiles fueron asesinados en la retaguardia; aproximadamente dos tercios de ellos por los franquistas. En este sentido, el final del conflicto sólo supuso una nueva fase de asesinatos en la forma de ejecuciones, ya en su mayoría «legales», por parte del victorioso Nuevo Estado. Las víctimas aún estar por ser contadas definitivamente pero los últimos datos disponibles las sitúan en cerca de cincuenta mil²⁸. En comparación, las nacientes democracias italiana y francesa después de la segunda guerra mundial ejecutaron, respectivamente, en torno a unos quince mil fascistas y menos de diez mil colaboradores con la ocupación nazi²⁹. En el franquismo, además de las ejecuciones, hay que sumar los malos tratos, abusos, penas de prisión (en 1943 todavía había más de cien mil prisioneros en las cárceles) y el exilio de quizás hasta doscientas mil personas. Oponerse abiertamente a la

²⁸ Santos Juliá (ed.), *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, págs. 407-412.

²⁹ Marzower, pág. 231.

dictadura era, en la práctica, suicida ya que las torturas policiales y las delaciones minaban cualquier intento de organizar grupos de resistencia. La represión, está bien claro, fue extensa, eficaz y muy cruel³⁰, lo que ya no lo está tanto es cómo operó en los valores políticos de los españoles.

Cualquier lectura del pasado, y no digamos nada de las expectativas de futuro, en el franquismo estuvo siempre determinada por el contexto de Victoria, esto es, la revancha social de los vencedores y su determinación de excluir a los vencidos de los beneficios de la paz, empezando por el derecho de que su dolor fuese reconocido. El franquismo intentó implantar una memoria selectiva de la violencia política reciente en la que sus actos eran la expresión de la justicia frente a la barbarie inhumana de los «rojos». Las construcciones posteriores sobre la paz y el orden que se disfrutaban bajo la dictadura nunca pudieron ocultar esta contradicción entre la experiencia de una parte de los españoles y la versión oficial del pasado. Pero la propaganda del régimen se apoyó precisamente en la muy real experiencia reciente de muerte para lanzar un mensaje pesimista sobre la naturaleza violenta de los españoles que fue recibido de forma receptiva por coincidir en su base, que no en su explicación y responsabilidades, con la verdad. Más aún, este pesimismo tanto sobre el pasado como sobre el futuro entroncó enseguida, a finales de 1939, con la percepción de que la situación internacional avanzaba rápidamente hacia el horror de una nueva guerra. Entrar en ella era, para la mayoría de los españoles, como también para la mayoría de los europeos, lo último que querían que ocurriese. Por eso, las reacciones de los españoles ante el desarrollo del conflicto mundial no iban a ser las que se debe esperar de acuerdo con una lectura ideológica de las lealtades políticas sino de un deseo más simple y comprensible de vivir en paz, aunque el precio a pagar por ésta fuese enorme. Así, por ejemplo, entre los trabajadores de Sevilla, en agosto de 1940 —según el cónsul británico, a quien interesaba la opinión *contraria*— era deseo más palpable, después de la reciente derrota francesa, que Inglaterra buscara la paz con Alemania³¹. Curiosamente, por las mismas fechas la policía fascista italiana detectaba entre las mujeres de Roma y Génova no el ardor bélico que pedía el *Duce* sino el deseo de que Alemania invadiese Inglaterra y que acabase así de una vez con la guerra, que era su preocupación

³⁰ Hasta el punto que, según parece, llegó a impresionar nada menos que a Heinrich Himmler, el jefe de las SS alemanas, cuando visitó Madrid en el otoño de 1940. Ramón Garriga, *La España de Franco*, I, Madrid, García del Toro, 1976, pág. 235.

³¹ 23-VIII-1940, *Memorandum. British Consulate, Seville*, FO 371-24508.

primordial³². Los mitos antifascistas, como las imágenes del fascismo, salen malparados en ambos casos; y la lectura política de las actitudes populares bajo las dictaduras, también.

La diferencia fundamental en la evolución de las opiniones populares entre el Nuevo Estado y otras dictaduras similares de la época estriba en que, si bien por azar, el franquismo no se vio envuelto en la guerra mundial y no salió derrotado de ésta. Como ya se ha visto en el caso de Italia, la popularidad de Mussolini comenzó a evaporarse con la guerra y desapareció con los primeros desastres militares³³. Y lo mismo se ha dicho de la de Hitler, especialmente después del desastre de Stalingrado³⁴. Franco, en cambio, se mantuvo al margen de la guerra si bien muy a su pesar, al menos durante 1940. Con el país en ruinas, los españoles vieron como el resto del mundo se veía envuelto en llamas. Por supuesto que el mito de Franco resistiendo las presiones belicistas de Hitler en la entrevista de Hendaya en octubre de aquél año fue construido mucho después, pero su éxito no debe adjudicarse sólo a la propaganda sino a que, como ha documentado Francisco Sevillano Calero, ésta coincidía bastante con los deseos de la mayoría de los españoles³⁵. En este sentido, los informes policiales de los primeros años 40 coinciden con los de los diplomáticos extranjeros en señalar este anhelo de paz entre los españoles y la creciente convicción entre la opinión popular de que, pese al tono de la prensa, el dictador había decidido no entrar en guerra, lo que era motivo de gratitud. También se desprende de estos informes que la figura de Franco se estaba elevando rápidamente por encima de la de su régimen, de cuyas miserias era culpado en último lugar mientras que otras instituciones como la Falange y otros personajes, empezando por su cuñado Ramón Serrano Súñer, eran el blanco del descontento. El viejo mito del buen rey rodeado de malos consejeros responsables del mal gobierno tuvo una reedición en el franquismo³⁶. Lo que también ocurrió en la Alemania nazi y en la Italia fascista, donde los dictadores, después de los primeros años en el poder, quedaron separados en el imaginario colectivo de la injusticia, corrupción y violencia de sus regímenes³⁷. Detlev Peukert, analizando el mito de Hitler, ha seña-

³² Colarizi, pág. 340.

³³ Colarizi, págs. 257-404.

³⁴ Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945 Nemesis*, Nueva York, Norton, 2000, páginas 543-550.

³⁵ El mejor recuento de la entrevista de Hendaya es la de Paul Preston, páginas 393-413. Francisco Sevillano Calero, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 98-103.

³⁶ Cazorla, *Las políticas*, págs. 213-224.

³⁷ Paserini, pág. 131; Kershaw, *Popular Opinion*, pág. 273.

lado cómo el dictador se elevó políticamente al distanciarse de las fuentes o causas del descontento diario, mientras que, en cambio, todos los logros internos o externos le fueron atribuidos³⁸.

En todo caso, sería erróneo pensar que el cambio de actitud de la opinión popular entre los españoles hacia el Nuevo Estado se debiese o comenzase a raíz del inicio de la guerra mundial. Como ha puesto de manifiesto un estudio reciente sobre la guerra civil en Madrid, parece evidente que el final de ésta fue recibido no sólo con mayoritario alivio sino que la naciente dictadura contaba con el apoyo sincero o práctico de una parte de la población que, en todo caso, era mayor que la que todavía respaldaba a una República sumida en el caos final³⁹. A partir de este incómodo dato habría que investigar no sólo el impacto directo de la subsiguiente feroz represión de los vencedores sino cómo afectó ésta a las actitudes y lealtades políticas de los españoles. Asumir que aquélla sólo generó un distanciamiento entre los sectores sociales vencidos y la dictadura sería ignorar de entrada no sólo su carácter limitado, aunque no por ello pequeño, sino también su capacidad de generar una profunda escisión entre la minoría opositora militante, la dispuesta a sufrirla, y los antiguos simpatizantes del Frente Popular, entre quienes se pudieron dar actitudes que van desde la apatía política y el conformismo a la acomodación, pasando por la protesta individual. En definitiva, y esto no lo ha abordado prácticamente la historiografía española sobre el consenso, habría que explorar en qué medida y a quién merecía la pena el riesgo de sufrir la represión o de comenzar una segunda fase de la guerra civil —sobre todo cuando ya parecía que el Eje empezaba a perder la guerra mundial y se esbozaba una intervención aliada en el continente— frente a la certeza de vivir en paz, por muy miserable que esta fuera, bajo el franquismo⁴⁰.

Frente a la paz franquista, miserable sin duda pero paz al fin, ¿qué expectativas ofrecía una postura de oposición política en los primeros años 40? Pocas y peligrosas, es claro, hasta el punto que se pueden definir, sin miedo a ser reduccionistas, en dos: cárcel y muerte. ¿Bastan estas dos probabilidades para explicar las actitudes políticas en el primer franquismo? No, aunque éstas en ningún caso se pueden entender sin aquéllas. Tampoco parece que completaría un análisis sobre la opinión popular bajo la dictadura echar mano de la falta de apoyo efectivo a un posible cambio en

³⁸ Peukert, pág. 75.

³⁹ Ángel Bahamonde y Javier Cervera, *Así terminó la Guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 2000, págs. 233-256.

⁴⁰ El prácticamente incluye casi en exclusiva a los trabajos de Paloma Aguilar Fernández.

sentido democrático por parte de las potencias victoriosas en 1945, esto es, a la falta de perspectivas de un futuro libre más o menos inmediato. El tercer elemento importante, desde luego más que el segundo, al menos, y precisamente suele faltar en los análisis sobre la posible aceptación de la dictadura es el profundo cambio que la violencia desatada en 1936 representó en los valores políticos de los españoles, empezando por el acelerado proceso de desprestigio de la política de partido. En este sentido, mientras que no cabe duda que una de las funciones básicas de los enfrentamientos formalizados entre las formaciones políticas es superar la confrontación directa entre los ciudadanos, también no lo es menos que un fracaso tan enorme como la guerra civil no podía sino acarrear el descrédito de éstas como responsables principales, junto a los militares, de que la guerra se produjese.

El fenómeno antipolítico fue más visible en principio en la derecha que entre la izquierda. Entre aquélla, el desahucio de la CEDA por los sublevados puede en parte explicarse por su propuesta de actuación política clásica mientras que, por el contrario, la proyección de la Falange a un primer plano se debe en buena medida a su carácter de formación antipartido. Por lo mismo, el posterior fracaso falangista en movilizar a las masas también se explicaría por la percepción, apenas escondida por la retórica triunfal del régimen en los años 40, de que la política importaba mucho menos que sobrevivir a las penurias diarias y que FET-JONS representaba lo peor de los vicios políticos del pasado y del presente. Y también el giro político de la dictadura en 1945 estuvo causado por acontecimientos externos, pero la facilidad con que le falangismo pasó a un muy segundo plano sólo se explica por el escaso impacto de su movilización popular. En la izquierda, en cambio, donde ya había una fuerte tradición de crítica de origen anarquista al partidismo, que la guerra y la miseria posterior sólo refrendaban. En suma, y como ya se ha explicado en otro lugar, los mitos del heroico pueblo español resistente bajo el yugo franquista apenas pudieron esconder conforme avanzaba la década la certeza —salvo entre los dirigentes comunistas— del progresivo aislamiento de los cada vez menos militantes en activo⁴¹. Yendo más lejos aún, es posible trazar el antipoliticismo no sólo en el desencanto previo con la República sino en la tradición tanto en la cultura popular como en el regeneracionismo de cuestionar la honradez y la utilidad de los partidos y de sus representantes en las instituciones. En este sentido, el franquismo no inventó nada cuando presentaba e identificaba interesadamente —y

⁴¹ Cazorla, *Las políticas*, págs. 153-171.

Franco el primero en *Raza*, su inefable guión cinematográfico— al pasado parlamentario con decadencia y corrupción. Lo que sí hizo el Nuevo Estado es intentar explotar estas ideas con todo el potencial de unos medios de comunicación serviles para asociarlas a las causas de la hecatombe de 1936. La experiencia, el contexto y los medios eran sin duda los más propicios para que este proyecto tuviese un éxito notable, desde luego superior a los de un régimen tan mediocre en el resto de sus logros.

Acabo con un ejemplo lejano, pero que quizás por ello sirva bastante bien para entender hasta que punto el antipartidismo de los españoles en los años 40 y aún después no es nada excepcional y sí en cambio lógico. Una encuesta hecha y publicada en unas circunstancias materiales y políticas muy distintas, en un país infinitamente más libre que la España de Franco, la Irlanda del Norte de finales del siglo xx, ha dado como resultado que aproximadamente un 40 por 100 de la población, la mitad de ella católica y la mitad protestante, rechaza categóricamente ser clasificada como nacionalista o unionista⁴². Sin duda, la violencia de los *troubles* no es ni de lejos parecida a la de la guerra civil española y la que siguió a su final. Tampoco se puede equiparar un país donde se puede dar la opinión más o menos libremente que con otro donde lo mejor era estar muy callado, sobre todo si no se estaba de acuerdo con el régimen. En todo caso, parece evidente que, si hemos de creer datos como estos, cuando violencia y política van asociados íntimamente, amplios sectores sociales se sienten más alienados que nunca de ésta y de sus representantes. Quizás sea una actitud poco valiente o incómoda para quienes quieren ver el camino de la Humanidad como una lucha infatigable por la libertad, pero parece más bien que sólo sea una forma genuina de la gente de reclamar un futuro privado cuando el espacio público sólo ofrece dolor. Lo que el poder y los historiadores hagan con esto ya es otra cuestión.

RESUMEN

Este artículo pretende precisamente relanzar un debate que se ha quedado estancado en la dinámica consenso-represión. Para ello tenemos que reconsiderar las relaciones entre la dictadura franquista y la sociedad española. Estas relaciones fueron más allá de la simple represión por parte del régimen de las aspiraciones populares. Es más, el franquismo gozó de amplio apoyo social.

⁴² Fintan O'Toole, «Are the Troubles Over?», en *The New York Review of Books*, XLVII, 2000.

Debemos preguntarnos por qué, en qué contexto este apoyo nació y se desarrolló. Finalmente, como historiadores, tenemos la obligación de reconsiderar las premisas metodológicas y teóricas que se han mostrado hasta ahora insuficientes para abordar esta cuestión. Una causa de este estancamiento radica precisamente en la cuestionable validez del término consenso, que el autor critica a partir de una reconstrucción de la evolución de los valores políticos de los españoles durante el primer franquismo. Se trata en definitiva de reivindicar el método histórico frente a la tendencia de suplantarlo con términos sociológicos y políticos el análisis de situaciones complejas.

ABSTRACT

This article intends to renew the debate on Spanish public opinion during Franco's dictatorship, today stagnated at the old dynamics «repression-consensus». In order to do that, one needs to reconsider the relations between the Régime and the Spanish society, which went far beyond the repression of popular claims. In fact, Franquism enjoyed a considerable social support, and we must ask ourselves why and how this support grew and developed. Finally, historians should reconsider the methodological and theoretical premises that have been unable so far to tackle the question, such as the questionable term «consensus».

Antonio Cazorla es Assistant Professor of History en la York University (Canadá). Autor de dos libros (*Desarrollo sin reformistas*, Almería, 1999; *Las políticas de la victoria*, Madrid, 2000) y de varios capítulos de libros y artículos en España y el extranjero.